

EDITORIAL

Recientemente tuve oportunidad de asistir a la reunión que una entidad de Estados Unidos de América que se dedica al mejoramiento del frijol organizó, y en la cual tuve participación activa. Llamó mi atención constatar la asistencia de cerca de unos 450 profesionales procedentes de universidades, de la iniciativa privada y del propio gobierno. Considerado aisladamente ello no es de sorprender, pero sí cuando ese número de investigadores —sin contar los ausentes— se asocia a los fondos económicos disponibles que se dedican a la investigación de un producto agrícola, un alimento que escasamente aporta 20/o de la ingesta proteínica diaria de la población de ese país. Este hecho lo explican razones poderosas, siendo la más importante de ellas, la existencia de un mercado substancial que aporta los recursos financieros que permiten tanto la utilización de recursos humanos como la inversión económica, necesarias para la realización de programas de investigación continuados, cuya meta final es la producción de un frijol de mejor calidad.

En dicha reunión se hizo particular énfasis en la patología del frijol. Pero hubo también valiosas intervenciones que abarcaron todos los eslabones de la cadena alimentaria, orientadas a incrementar la productividad, calidad tecnológica e, incluso, la calidad nutricional de esta leguminosa.

Situaciones de esta índole no ocurren en los países en desarrollo, incluyendo América Latina, a pesar de que con unas cuantas excepciones, en la Región Latinoamericana el frijol es un alimento muy popular y de gran consumo. Ajeno al hecho de que aporta proteína suplementaria importante, también proporciona otros nutrientes, entre ellos, calcio, hierro, zinc, y tiamina.

*Evidentemente, ello no significa que en la Región no existan profesionales que estén trabajando en el rubro frijol; claro está que los hay, en todos los países, y muy buenos, y hasta existe un centro internacional de agricultura, siendo precisamente ese conglomerado el que está haciendo esfuerzos considerables por incrementar la productividad del *Phaseolus vulgaris*. Incluso, se han logrado ya avances importantes, encauzados en lo posible a aumentar su disponibilidad. Sin embargo —dada la importancia del frijol en la dieta latinoamericana— esos esfuerzos en términos de recursos humanos y en materia de fondos para investigación, deben ser mayores que los actuales. No obstante que, como se dijo, esos esfuerzos apuntan hacia el incremento de su disponibilidad, cuando eso ocurra comprobaremos qué tan importante o más será la búsqueda de mejores medios de almacenarlo, cómo cocinarlo sin que ello se traduzca en un alto costo energético y pérdida de su valor nutritivo, y cómo mejorar su calidad nutricional para convertirlo en un mejor alimento. Las respuestas a estas características y necesidades dependerán, por supuesto, de la cantidad y calidad de investigación que todos estemos dispuestos a realizar conjuntamente.*

Recordemos que la investigación bien diseñada y dirigida hacia la obtención de datos básicos y pertinentes, así como para resolver problemas, ha sido y continuará siendo la columna de apoyo de una de las contribuciones más fuertes y permanentes que pueden y deben hacerse en pro del desarrollo económico y social, y del bienestar general de las poblaciones.

Es necesario que nuestros pueblos sean los que prontamente decidan si desean permanecer eternamente dependientes de la investigación extranjera para nuestro progreso, o bien nos faciliten el camino para contar con medios propios que nos permitan lograrlo por nosotros mismos.

Esta, queridos colegas, es una interrogante a la que sólo el futuro podrá responder, y todos esperamos que esa respuesta sea promisorio y positiva.

*Ricardo Bressani
Editor General*